

cia de prontos auxilios, partió el 10 de mayo con once ó doce mil hombres para unirse en el camino de Sevilla á Badajoz á las reliquias del quinto cuerpo. De consiguiente se puso en marcha, como acaba de verse, al tiempo en que Massena volvía á Salamanca.

Ya con el quinto cuerpo, que le aguardaba á las órdenes del general Latour-Maubourg, se hallaba Soult al frente de unos diez y siete mil hombres de excelentes tropas, muy bien dispuestas y entre las cuales se contaban dos mil quinientos ginetes de la mejor caballería. Llegó el 15 de mayo á Santa Marta y á vista del ejército inglés, que se había situado algunas leguas delante de Badajoz sobre las colinas que hay en torno de la Albuera. Aun cuando los anglo-españoles tuvieran mas de treinta mil hombres y Soult no llevara mas de diez y siete mil, no vaciló en acometerles, por ser este el único medio de salvar á Badajoz y de ahorrarse la humillacion de que ante sus ojos cayera esta plaza que era su única conquista.

A las órdenes del general Beresford estaba el ejército combinado compuesto de la division inglesa de Stuart, las tres brigadas portuguesas del general Hamilton y las tropas segregadas del sitio de Badajoz. Estas constaban de la division inglesa de Cole y de las tropas españolas procedentes de Cádiz á las órdenes de los generales Blake y Castaños. Diez y siete mil franceses escogidos bien podian hacer cara á treinta mil enemigos, entre los cuales no habia mas que doce ó trece mil ingleses.

El ejército anglo-español se hallaba situado detrás del riachuelo Albuera muy fácil de cruzar. Su izquierda se apoyaba en la aldea del mismo nom-

bre, su centro, formado con especialidad de ingleses y de portugueses, sobre colinas de poca altura, y su derecha, compuesta de todos los españoles, sobre la prolongacion de las mismas colinas, bien que algo á su respaldo, de modo que apenas se les divisaba. Pasando actualmente las tropas traídas del sitio de Badajoz detrás de la línea inglesa, la servian de prolongacion y de apoyo.

A la vista de todo el mariscal Soult adoptó el partido de atacar á los ingleses el dia siguiente 16 de mañana. Delante de la aldea de la Albuera, que formaba su derecha y la izquierda del enemigo, colocó al 16.º de ligeros con una batería de grueso calibre para cañonearla y simular hacia allí un formal ataque, aun cuando sobre su izquierda y contra la derecha del enemigo estaba decidido á tentar su principal esfuerzo. Determinó llevar dos divisiones, las de Girard y de Gazan mas allá del riachuelo Albuera, y confiarlas el encargo de apoderarse rápidamente de las colinas, sobre cuyo respaldo empezábase á divisar la derecha de los ingleses, y hacer que seguidamente las salvara la caballería apostada á su extrema izquierda á las órdenes del general Latour-Maubourg, y sostener este movimiento con una reserva de infantería mandada por el general Werté, y cuando se hubiera arrollado de este modo la derecha de los ingleses, tomar por asalto la aldea de la Albuera, que era el apoyo de su izquierda y que nuestra artillería habria arruinado ya de antemano y hecho de casi imposible defensa.

Esperaba el mariscal Soult que atacados los ingleses, con especialidad por su derecha, que abría sus comunicaciones con Badajoz, ofrecería mas fá-

cilidad al alarmarlos y batirlos, y que, batidos en esta direccion, su descalabro podria tener las mayores resultas.

A la madrugada del 16 puso el mariscal en accion sus tropas. Desgraciadamente no fué en persona á hacer que se ejecutaran sus disposiciones sobre el terreno y retuvo muy sobrado tiempo al general Gazan á su lado, pues, aun cuando tenia una division bajo su mando, desempeñaba las funciones de gefe de estado mayor, siendo uno de los oficiales de infanteria mas enérgicos y mas experimentados del ejército. Hubo, pues, escaso conjunto y poca fijeza en los movimientos. Desde muy temprano se colocó en posicion á lo largo del riachuelo el destacamento, que por nuestra derecha debia atacar la aldea de la Albuera, y rompió un fuego destructor para la poblacion y aun para los ingleses. Formando las divisiones de Girard y de Gazan una masa de ocho mil hombres de infanteria, entraron tambien en accion muy temprano, adelantándose en columna cerrada y pasando el riachuelo, que no era un obstáculo para ellas, mientras operando la caballeria del general Latour Maubourg un movimiento prolongado sobre su izquierda, atacaba la derecha del enemigo. Por desgracia, ausentes los gefes, cierta falta de aplomo en los movimientos produjo una hora de inmovilidad mas allá del riachuelo, y permitió á los ingleses tiempo de conducir el grueso de sus fuerzas al lugar del peligro. Por fin, dada la señal del ataque, la division de Girard trepó velozmente por las colinas, seguida de la division de Gazan, que en vez de ir dispuesta algo detrás de manera de poder desplegarse, iba demasiado cerca de la que le pre-

cedia. Al propio tiempo que la division de Girard tocaba en la cumbre halló que tambien llegaba allí el enemigo, y sufrió de los ingleses y los españoles tan mortífero fuego que del 40.º de línea, que formaba su extrema izquierda, cayeron trescientos hombres con los tres gefes de batallon, de los cuales uno fué el general Voirol mas tarde. A pesar de todo, esta bizarra division continuó marchando vigorosamente adelante y rompió la primera línea compuesta de españoles é ingleses, y acabó de arrollarla una impetuosa carga de nuestra caballeria desplegada á la izquierda de nuestra infanteria. Se cogieron alrededor de mil prisioneros y muchas banderas; pero en el mismo instante el mariscal Beresford habia llevado hácia su derecha todo el resto de la division de Stuart y ademas la division de Cole. Estas tropas se adelantaban unas desplegadas en línea, otras formando horca para coger á nuestras tropas de flanco. Asi la division de Girard se halló cogida de frente y de costado por los fuegos certeros y bien nutridos de los ingleses, de modo que todos los oficiales fueron muertos ó heridos al cabo de pocos minutos. Hubiera sido menester desplegarse para responder á fuegos con fuegos, pero muy cerca una de otra se hallaban en la imposibilidad de maniobrar las dos divisiones francesas, y viéronse obligadas á replegarse por no sufrir un fuego de fusileria tan destructivo como infructuoso. En esto se presentó el general Gazan y el mariscal Soult igualmente, y ambos procuraron rehacer las tropas, mas era ya tarde y hubo que retrogradar mas acá del riachuelo. Afortunadamente la caballeria de Latour Maubourg, corriendo á una y desplegándose de una manera amenazado-

ra ante el flanco derecho de los ingleses, atajóles el paso. Por su parte el general Ruty habia colocado la artillería sobre las colinas que daban frente á las ocupadas por el enemigo, y desde ellas cubrióle de proyectiles, que aguantó friamente y sin atreverse á perseguirnos.

Con las balas de nuestra artillería perdieron los aliados casi tanta gente como perdimos nosotros con el fuego de su fusilería y vieron el campo casi tan cubierto por sus muertos como por los nuestros. Separáronse, pues, tras un solo choque pero de los mas sangrientos, habiendo tenido los anglo-españoles cerca de tres mil hombres fuera de combate y cerca de cuatro mil nosotros. Así despues de la batalla de Vimero una especie de fatigüdad hacia que la bravura heroica y la destreza de maniobrar de nuestras tropas fueran impotentes contra el frio valor de los ingleses. Estos tomaban posicion sobre un terreno bien escogido, se limitaban á mantenerse allí con firmeza, sin ejecutar otro movimiento que el de trasladar al punto amenazado las fuerzas que nuestros ataques desparados dejaban disponibles, y acometiéndoles nosotros con un ímpetu incomparable, aunque sin conjunto y sobre todo sin perseverancia, nos retirábamos sin que perdiéramos la batalla realmente, pero tambien sin otro fruto que grandes pérdidas de hombres y una especie de despecho en nuestros soldados que podia muy bien degenerar en desaliento. No habian presentado otras vicisitudes las batallas de Vimero, de Talavera, de Fuentes de Oñoro, de la Albuera. Sin embargo, en Fuentes de Oñoro habian sido bien atacados los ingleses, aunque tarde, mas, no faltando el genio del caudillo,

faltó la buena voluntad de sus lugartenientes. Solo hubo dos combates, el de Rólica dado por el general Delaborde, y el de Redinha dado por el mariscal Ney, en que, sabiendo dejar á los ingleses la desventaja de la ofensiva, tratóseles muy rudamente. En todas las demas ocasiones por falta de cálculo y de firmeza se esterilizaron el valor, la inteligencia y la pericia de nuestras tropas. ¿No nos depararia la fortuna un dia en que, ayudado el mérito de nuestros soldados por los hábiles cálculos del general en jefe, alcanzáramos al fin la victoria tan impacientemente esperada y comprada á tan caro precio? Esto hacia ansiar tanto que Napoleón fuera en persona á mandar el ejército francés contra los ingleses. ¿Quién podia prever entonces la coyuntura en que los encontraria á la postre? ¿Ni los espíritus mas perspicaces, aun empezando á concebir tristes presentimientos, vislumbraban que habia de ser un dia funesto, en que todo su genio no pudiera suplir nuestros recursos enteramente destruidos!

Tal era la situacion de las cosas de España en el mes de mayo de 1814, tras los grandes esfuerzos tentados por Napoleón inmediatamente despues de la paz de Viena. En Portugal, despues de la toma de las plazas fronterizas, despues de hacer punta hácia Lisboa, despues de pasar medio año delante de las líneas de Torres-Vedras, se habia visto obligado Massena á emprender la retirada, y para no consentir que á su vista se reconquistaran las dos plazas, que eran el único trofeo de esta campaña, acababa de dar en Fuentes de Oñoro una batalla sangrienta é indecisa, bastante no mas que á contener á los ingleses, habiéndose lisonjeado

de expulsarlos de Portugal en el principio. De setenta mil hombres, que debió tener y no tuvo, de cincuenta mil que poseyó verdaderamente, se veía reducido á treinta mil soldados, agotados de fatiga, cansados, necesitados de una organizacion nueva del todo.

Hacia el Mediodía de España, después de haber invadido el mariscal Sout la Andalucía, ocupado á Córdoba, Sevilla, Granada, casi sin disparar un fusilazo, estaba delante de Cadiz ya hacia quince meses, sin hacer otra cosa que tomar algunas baterías alrededor de la rada, y si bien habia tomado á Badajoz en Extremadura, veíase obligado, á semejanza de Massena, á dar una grande batalla para salvar esta conquista, pues corria el riesgo de que se la arrebataran ante sus ojos. De ochenta mil hombres estaba reducido, por efecto de los calores y de las marchas continuas á treinta y seis mil á lo sumo, tan cansados como los del ejército de Portugal, bien que menos en desorden porque hacian la guerra en un pais rico, donde sufrieron menos privaciones y tambien porque habian recibido menos malos ejemplos de parte de sus gefes inmediatos.

Muy poco numeroso el ejército del centro á las órdenes de José, nada habia ejecutado de nota, atendiendo solo á mantener las comunicaciones con Andalucía, á dispersar hácia Guadalajara las bandas del Empecinado y á sustentar tranquila toda la provincia de Toledo. Sin interrupcion habia sido atormentado el ejército del Norte por los guerrilleros de las dos Castillas. Con infatigable actividad y rara energía habia combatido el general Bonnet á los montañeses de Asturias, viendo sin embargo

interrumpidas á menudo sus comunicaciones con las Castillas y con Vizcaya. Tiempo y fuerzas perdía el general Reille en correr detras de Mina por Navarra, sin lograr nunca proteger los convoyes. Solo una provincia presentaba apariencias de sumision, de orden, de reposo, y era la de Aragon, como si la larga resistencia de Zaragoza hubiera agotado el odio de los habitantes, y donde la cordura del general Suchet se habia atraído los corazones fatigados por tamaño desastre. Soberano este general, por decirlo asi, en una provincia por donde no pasaban los ejércitos que iban á España, pudo regularizar la administracion, tratar al pais con miramiento y satisfacer las necesidades de los soldados. Teniendo que vencer no á ingleses, sino á españoles, bien que en la guerra de sitios que era la que mejor sabian hacer, habia llevado su conquista paso á paso, y después de apoderarse de Mequinenza, de Lérida, de Tortosa, disponiase á acometer á Tarragona, la mas difícil de sojuzgar de todas las plazas de España; pero tan perfectamente habia tomado sus disposiciones que habia motivo para esperar el buen suceso. Con todo, hasta en esta comarca, habia acibarado un incidente infausto la satisfaccion que se experimentaba, á saber, la sorpresa de Figueras, entregada al enemigo por un empleado de provisiones, español de cuna. Acto continuo fue enviada la reserva destinada al principado de Cataluña á fin de que viera de recuperar este castillo.

Al triste cuadro que presentaban los sucesos militares hay que añadir el que ofrecia la corte de Madrid y que era no menos aflictivo. Encerrado José en su capital; no teniendo autoridad mas que

sobre el ejército del centro compuesto solo de unos diez mil hombres útiles; tratado mas que ligeramente por los gefes de los ejércitos y con especialidad por el mariscal Soult, á quien, con razon ó sin ella, acusaba de la mas negra ingratitud; reducido á una especie de indigencia por falta de tesoro; careciendo hasta del consuelo de poder hacer dichosos á sus favoritos, pues ya no tenia que darles; desconsolado por las noticias que de sus dos ministros enviados á París recibia; llegando hasta Madrid el eco de las burlas de su hermano, que harto severo con sus debilidades, no tomaba en cuenta sus verdaderas dotes; entregado á una desesperacion sombría, pensaba á veces en abdicar á imitacion de su hermano Luis, y flutuando alternativamente entre el disgusto de reinar de aquel modo y el temor de dejar de reinar por completo, habia pedido licencia para ir á la capital de Francia, bajo pretexto del parto de la emperatriz. Despotista inflexible Napoleón, al par que hermano afectuoso, accedió á su ruego, destinándole un papel muy honorífico durante su estada en aquel punto, el de padrino del heredero del imperio, esperado á la sazón con entera confianza en la fortuna. Por abril partió José casi tan apesadumbrado como si el enemigo le hubiera expulsado de su capital para siempre. A este punto llegaba por el mes de mayo de 1811 la obra de Napoleón en España, como si valiera la pena de trastornar á Europa el extender á ella su autoridad por la mano esclava y atormentada de sus hermanos!

¿Por qué las campañas de 1810 y de 1811, de las cuales se habia prometido tanto, correspondieron tan poco á las esperanzas concebidas? Casi es

inútil decirlo despues de la sincera exposicion de los hechos que hemos presentado, y todo el mundo comprende sin que nada tengamos que añadir á nuestro relato: sin embargo, resumiremos aqui lo que inspire, con el fin de que reconcentrada la luz, aparezca mas esplendente.

Una vez cometido el yerro de querer dominar, avasallar, transformar el mundo en algunos años, añadió Napoleón todos los errores que se derivaban del primero; añadió el prurito de quererlo hacer todo á la vez en España, como lo queria hacer todo á la vez en Europa; luego, lo que sigue comunmente á las empresas descabelladas, la necesidad de forjarse ilusiones, de engañarse para excusarse ó desvanecerse; tras de las ilusiones las órdenes vagas, en disonancia con los hechos; despues, en fin, descuidos, casi distracciones, haciendo traicion al genio, que sucumbe debajo del peso de una ambicion desenfrenada. Así, consumado el yerro de querer avasallar á una nacion como la nacion española, á la cual se hubiera podido domar á pesar de todo, gastando el tiempo y las fuerzas necesarias, fuera menester á lo menos que la ejecucion no se asemejara á la concepcion de tal designio, y que no se pretendiera sojuzgar á un mismo tiempo el Norte y el Mediodía, Valencia, Andalucía y Portugal. En 1810, con las fuerzas que dejaba disponibles la paz de Viena, hubiera convenido correr hácia los ingleses, revolver contra ellos todos los ejércitos de la Peninsula y perseguirlos en Portugal hasta precipitarlos al Océano. Pero la esperanza de señorear la Andalucía, mientras Portugal era invadido, y de conquistar así el Mediodía de un solo golpe, fué causa de que se diseminaran desde Gra-

nada á Badajoz no menos de ochenta mil soldados, los mejores que poseía Francia, y de que privado el ejército de Portugal de los socorros con que había contado, no pudiera llevar á remate su empresa. Muy pronto, á este desparrame de recursos se juntaron las ilusiones, porque la primera necesidad que se experimenta, despues de cometidos los yerros, es la de no confesarlos; y despues de las ilusiones vino inevitablemente la falta de oportunidad de las órdenes dadas desde tan lejos y fuera de la realidad de las cosas. Sin duda, con su grande experiencia, con su genio penetrante, sabia Napoleon muy bien las mermas espantosas de sus ejércitos por consecuencia de las marchas, de las fatigas, de los combates, de los calores del verano, de los frios del invierno; sabia lo por haber sido testigo de ello bajo climas no tan devorantes á la verdad como el de España, y sin embargo, no queria admitir que los ochenta mil hombres del mariscal Soult estuvieran ya reducidos á treinta y seis mil tan solo, ni que Massena contara en vez de setenta mil soldados, con cincuenta mil al principio, con cuarenta y cinco mil de allí á poco y con treinta mil á la postre. Lo creía á veces, despues dejaba de creerlo, y bien por necesidad de engañarse, bien por autorizarse á exigir mas de sus lugartenientes, tomaba por base de sus planes guarismos que sabia ó sospechaba ser falsos en una tercera ó cuarta parte, y seguía mandando cual si los recursos que daba por supuestos fueran efectivos. Y al cabo, si hubiera mandado con su habitual energía, quizá, aun siendo la exigencia de sus órdenes injusta, removiera ciertas dificultades, por ejemplo las procedentes de la mala voluntad, de la debilidad ó de la prudencia extre-

mada. Así, habiendo prescripto expresamente al general Drouet que marchara al socorro del ejército de Portugal con sus dos divisiones, y al mariscal Soult que lo sacrificara todo, hasta la Andalucía, por auxiliar al mismo ejército en quien estaba vinculado el destino de España y de Europa, quizá se hubiera dado cima al grande objeto de la guerra, expulsando de la Peninsula á los ingleses. Pero con las dudas que habia conservado sobre la realidad de las fuerzas que atribuía á sus generales hallándose á tan larga distancia de ellos, no se atrevía Napoleon á dar órdenes absolutas, por saber que tal vez ordenara desastres prescribiendo cosas que se concibieran imposibles sobre el terreno. Por tanto, mandaba á Drouet socorrer á Massena, bien que sin perder sus comunicaciones; recomendaba al mariscal Soult socorrer también á Massena, bien que sin imponerle bajo pena de desobediencia, sobre todo sin autorizarle para los sacrificios que hicieran posible este socorro; y de esta suerte dejaba á la mala voluntad ó á la timidez el medio de eludir órdenes harto poco formales, dadas por entre la vaguedad de las distancias y del tiempo ya transcurrido, pues cuando llegaban á distancia de quinientas leguas y con la fecha de dos meses, llevaban á menudo en sí mismas la dispensa de ser ejecutadas. Así este genio tan claro, tan exacto, tan vasto, se complacia en tales incertidumbres, siéndole antipáticas y todo, dando al traste con sus empresas, y de las cuales salía con arrebatos de ira contra sus generales, á quienes muchas veces en lo intimo de su alma tenia por inocentes de aquello mismo de que les echaba la culpa.

Ahora que á los yerros del soberano se junta-

han con frecuencia los de sus lugartenientes, ¿cómo extrañar que tuviera derecho para quejarse? Así Massena careció de fijeza y de asiento en el mando, cometió una falta en Busaco, pudiendo salvar la posición en vez de atacarla; otra falta en el Tajo, siendo hacedero que se trasladara á la otra orilla: no descubrió bastante pronto en Fuentes de Oñoro el verdadero punto de ataque: así el mariscal Ney imposibilitó el tomar posición junto al Mondego, después de contribuir á que la de Santarem fuera abandonada; así Drouet fué meticoloso y de mas daño que provecho; así el mariscal Soult no supo desguarnecer á Granada en ventaja de Extremadura, y mostróse compañero de armas poco resuelto, no queriendo arrostrar un peligro por ir en ayuda de Massena. ¿Mas qué milagro que varones insignes, buenos ciudadanos y animosos aparecieran á veces apáticos, ó descuidados, ó desunidos, ó celosos! Con su alma tan grande ¿no habia visto Napoleón generarse todas estas cosas, los celos, el encono, la ira, la alteracion del espíritu, el error? ¿Cómo habia de sorprenderle que aquejaran á los demas estas miserias de corazón y entendimiento? Bien ciego, bien imprevisor, bien severo, es quien no sabe adivinar estas debilidades y aun basamentar su conducta en la certidumbre de su existencia. Cuando una política no puede soportar las faltas de sus agentes sin venir por tierra, está completamente juzgada

Si la gran cuestion europea, que era imprudente hasta lo sumo trasladar á España, bien que aun allí cupiera en lo posible zanjarla, no quedó resuelta en 1810 y 1811, á pesar de inmensos recursos, hay que achacar la culpa, no al genio, sino á

la política de Napoleón, que engendró sus yerros militares y los de sus agentes. Después de haber fracasado esta solución en España, pretendió buscarla en el Norte (lo cual dará asunto á los siguientes tomos), y se verá que solución encontró allí. Pero como á todas sus faltas añade el genio la de no quererlas reconocer de ninguna manera y achacárselas á otro, Napoleón atribuyóselas á Massena, y le quitó el mando, hiriendo con una especie de desgracia á este antiguo compañero de armas, que le habia prestado tantos servicios, que algun día le debia hacer falta, y que en esta campaña, aunque sin ventura, habia acreditado raras dotes de carácter y de talento, y no habia sucumbido mas que ante la fuerza de las cosas, contraria del todo á la empresa de que se le hizo instrumento harto pasivo.

Con el alma lacerada tornó á Francia este veterano, sintiendo eclipsada su gloria y viendo alejarse los viles aduladores de su fortuna, para ir á repetir donde quiera que estaba gastado, privado de energía y de consiguiente incapaz de mando. Napoleón, juez infalible cuando quería ser justo, en vez de ofenderle, hubiera debido mirarle con ternura, y en el destino de Massena leer el suyo, pues este era la primera víctima de la fortuna y él debia ser la segunda, con la diferencia de que Massena no habia merecido su suerte y Napoleón iba á merecer muy pronto la suya. Con efecto, Massena no era mas que instrumento. é instrumento desaprobador de aquellos gigantesco designios que habian de atraer sobre él que los concebía tan terrible castigo de la fortuna, y Napoleón era verdadero autor de ellos, que, sin aprobarlos del todo,

se dejaba arrastrar á impulsos de una complacencia fatal en sus propias pasiones. Añadamos, no obstante, que tambien Massena habia merecido parte de éste castigo, no por algunas ligeras faltas, sino por haber consentido en ejecutar lo que le hacia desaprobar su buen seso. Pero tal es el inconveniente comun del poder ilimitado y no contradicho: con la costumbre de la sumision suprime hasta la idea de la resistencia aun en los espíritus mas ilustrados y mas firmes.

FIN DEL TOMO DOCE.

## INDICE.

	PAGS.
ADVERTENCIA DEL AUTOR. . . . .	V

### LIBRO TRINTA Y OCHO.

#### BLOQUEO CONTINENTAL.

Situacion del imperio despues del matrimonio que une las córtes de Francia y Austria.—Napoleon quiere sacar provecho de la paz calmando los espíritus en Europa y concluyendo al par las hostilidades con España y con Inglaterra.—Se apresura á repartir entre sus aliados los territorios que le quedan desde el Rhin al Vistula para evacuar pronto la Alemania.—Distribucion de los ejércitos franceses en Iliria, Italia, Westfalia, Holanda, Normandia, Bretaña, con el triple interés del bloqueo continental, la guerra de España y la economía.—Apuros rentísticos.—Napoleon se propone que pese sobre España parte de los gastos que ocasiona.—Consiste el pro-